



TRANSCRIPCIONES

Inflación y desarrollo económico

Naciones Unidas

Revista de Economía y Estadística, Tercera Época, Vol. 4, No. 1-2-3-4: 1° 2° 3° y 4° Trimestres, pp. 249-284.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3483>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Naciones Unidas. (1960). Inflación y desarrollo económico. *Revista de Economía y Estadística*, Tercera Época, Vol. 4, No. 1-2-3-4: 1° 2° 3° y 4° Trimestres, pp. 249-284.

Disponible en: [<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3483>](http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3483)

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS
de la Universidad
Nacional de Córdoba



Universidad
Nacional
de Córdoba



FCE
Facultad de Ciencias
Económicas



1613 - 2013
400
AÑOS

INFLACION Y DESARROLLO ECONOMICO (*)

Probablemente, no es exagerado afirmar que el mundo nunca ha sido tan sensible a los peligros de la inflación como en los últimos años. Casi una generación de experiencia con los costos sociales y económicos de la inflación producida durante la guerra y la postguerra parece haber modificado la psicología económica de la colectividad mundial; el antiguo temor a la depresión y el desempleo gradual en gran escala parece haber sido sustituido por el miedo a las espirales de salarios y precios y por la reducción gradual del valor del dinero. Estos temores se aliviaron durante algún tiempo al ir desapareciendo las intensas presiones inflacionarias de los primeros años de la postguerra; en 1948/49, por ejemplo, aún más que en el año anterior la preocupación del mundo no se centraba tanto en las zonas de inflación que todavía quedaban, como en las consecuencias internacionales del retroceso económico de los Estados Unidos. Sin embargo, el estallido de las hostilidades en Corea originó una nueva ola de inflación, y mucho antes de que los nuevos planes militares se tradujesen en un aumento de los gastos reales, el mundo presenció un auge de extraordinarias proporciones en los precios de las materias primas.

Estos precios bajaron con brusquedad poco después, cuando comenzaron a apreciarse las verdaderas dimensiones económicas del conflicto de Corea. Por un momento pareció que

(*) Dado su alto interés teórico y actual, reproducimos aquí la introducción al Informe Económico Mundial de las Naciones Unidas (1957).

la inflación se convertiría de nuevo en un fenómeno local, confinado principalmente a los países que tenían una historia inflacionista persistente. Sin embargo, no ocurrió así. Después de un año de estancamiento relativo, la Europa occidental inició en 1953 un período de enérgico crecimiento económico. Aunque esta expansión fue bien recibida, pronto estuvo acompañada en casi todos los países de una creciente preocupación por la inflación. Después de su benigno retroceso económico de 1953/54, los Estados Unidos también entraron en una fase de rápida expansión, que, si bien duró menos que la de la Europa occidental, produjo un miedo a la inflación no menos acentuado.

Es paradójico que los fenómenos inflacionarios que originaron este temor tan difundido tuvieran proporciones relativamente modestas. Los aumentos de los precios al por mayor y al por menor fueron mucho menores que los registrados durante la Segunda Guerra Mundial, los primeros años de post-guerra o el auge originado por el conflicto de Corea; además, el alza de los precios al por mayor no fue tan acentuada como durante el proceso de recuperación que siguió a la depresión de la década anterior a la contienda. La forma en que se produjeron los aumentos de precios tampoco siguió el proceso típico de otros períodos de inflación; en efecto, mientras los precios de las materias primas tienden a aumentar bruscamente bajo la presión de la demanda, durante este período los incrementos importantes se circunscribieron a un número limitado de productos. Los precios de los alimentos agropecuarios se distinguieron por su debilidad; tanto es así, que muchos países tuvieron que estudiar la forma de robustecerlos a la par que establecían controles generales más rigurosos contra la inflación.

La prueba de que se reconocía en general el carácter moderado e irregular de la reciente inflación en los países indus-

triales es que se la calificó de "inflación subrepticia", para distinguirla de las anteriores, más convencionales. El profundo temor a la inflación no reflejaba tanto la magnitud de las presiones como las circunstancias que las acompañaban. Los tres encontronazos sucesivos con la inflación desenfrenada—durante la guerra, durante la reconstrucción de la postguerra y durante las hostilidades de Corea— habían acostumbrado al público a temer hasta la inflación subrepticia, sobre todo porque su ritmo tendía a aumentar y no a disminuir. Quizás más importante es el hecho de que por primera vez la inflación no era consecuencia de las fuerzas anormales de la guerra o del reajuste de la postguerra, sino que estaba asociada con las fuerzas normales del crecimiento económico. Frente al compromiso universal de mantener una gran ocupación y a los esfuerzos de la postguerra para lograr un crecimiento económico rápido pero duradero, la inflación ya no parecía un peligro pasajero, sino una amenaza permanente a la estabilidad. Por lo tanto, era necesario evitar decididamente incluso la inflación subrepticia que podía adquirir impulso y transformarse en desenfrenada.

En muchos casos, la preocupación por la estabilidad interna fue consecuencia de la preocupación por el equilibrio externo. Incluso si los países hubiesen estado dispuestos a pasar por alto los efectos de los aumentos de precios en la economía interna, no podían menos de intranquilizarlos los crecientes déficits de la balanza de pagos y la disminución de sus reservas en divisas. Tales países fueron los primeros que recurrieron a medidas restrictivas; pero como las naciones con balanza de pagos favorables también se sintieron obligadas a tomar medidas para combatir la inflación durante el proceso de expansión, la eficacia de tal política para corregir el desequilibrio internacional fue limitada.

¿A qué puede atribuirse la repentina inversión de la tendencia, iniciada a principios de 1957, que pasó de inflación a retroceso económico? Parte de la explicación ha de buscarse en el delicado equilibrio que existe en una economía dinámica entre la inflación y la deflación. Cuando los progresos de la técnica y las crecientes inversiones aumentan sin cesar la capacidad productiva y elevan el nivel medio de producción por hombre, no puede decirse que una demanda inadecuada sea automáticamente equivalente a una contracción de la demanda. Puede ocurrir que la demanda aumente y sea, sin embargo, inadecuada para asegurar el empleo total y el aprovechamiento completo de la capacidad de producción. Así, puede plantearse un problema de demanda inadecuada en un momento en que la producción, el empleo, los ingresos y las utilidades siguen aumentando. Es cierto que, incluso en tales condiciones, pueden aparecer síntomas de demanda insuficiente, que consistirían en acumulación involuntaria de existencias, desaprovechamiento parcial de la capacidad productiva y debilidad cada vez mayor del mercado de trabajo. Sin embargo, no es fácil determinar a base de las estadísticas conocidas si el ritmo de acumulación de las existencias es o no voluntario, o si la capacidad es excesiva en relación con el posible ritmo de desarrollo de la demanda; y en vista de la muy difundida tendencia de las empresas a "atesorar" mano de obra durante los períodos de crecimiento, los datos sobre desempleo tampoco constituyen un indicador de la suficiencia de la demanda efectiva total. Además, desde el punto de vista psicológico es difícil alarmarse por el hecho de que la capacidad productiva no se aprovecha en su totalidad mientras, por otra parte, las utilidades siguen aumentando, o preocuparse porque el mercado de trabajo empieza a debilitarse mientras el empleo sigue creciendo; en una palabra, es difícil mostrarse pesimista acerca de la demanda cuando la economía está toda-

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

vía en expansión. La experiencia recogida en cada uno de los retrocesos económicos de la postguerra demuestra que es muy probable que el temor a la inflación, persista durante cierto tiempo después de que se ha invertido la tendencia económica.

La posibilidad de que se produzca un cambio súbito hacia la deflación es mucho mayor cuando la inflación es subrepticia. Esto ocurre así no sólo porque tal inflación supone un grado relativamente menor de demanda excesiva, sino porque al iniciarse una política para eliminarla, se puede introducir una tendencia deflacionaria en la economía. Quizás sea aun más importante el hecho de que la inflación subrepticia tiende a reflejar presiones mixtas, al coincidir la demanda excesiva en un sector con la capacidad excesiva o con el excedente de existencias en otros sectores. En una economía en que la inflación coexiste con elementos de deflación, toda tentativa que se concentre en resolver exclusivamente el problema del alza de precios puede resultar muy peligrosa.

Dentro de la literatura económica tradicional, parece que no se ha examinado nunca la posibilidad de que se produzca una inflación mixta; la conclusión general parece haber sido que la inflación es forzosamente consecuencia de una demanda general excesiva. Esta conclusión es una consecuencia legítima de la premisa clásica de que el mercado está sujeto a fuerzas de libre competencia y en él los precios y salarios se ajustan continuamente para eliminar todo exceso de demanda u oferta. En un mercado de ese tipo, cuando no existe una demanda (u oferta) excesiva, los precios se mantienen estacionarios; por lo tanto, si los precios se elevan de una manera acumulativa, sólo puede obedecer a que el exceso de demanda tiende constantemente a resurgir. La pregunta de si la inflación refleja por fuerza una demanda general excesiva se plantea solamente porque en realidad los precios y los salarios no siempre se fijan para dejar el mercado sin productos. En

cambio, pueden establecerse a niveles en que en algunos mercados la demanda sea mayor que la oferta y en otros ocurra lo contrario. Ni que decir tiene que esto no supone que los precios y los salarios se fijen sin tener en cuenta las condiciones de la oferta y la demanda, sino que significa solamente que existen otras consideraciones que también entran en juego al determinarlos. Entre éstas figuran las fórmulas convencionales para la fijación de precios, las negociaciones para concertar contratos colectivos de trabajo y las reglamentaciones del gobierno. La vinculación directa que establecen entre los precios y los salarios tales elementos pueden ser muchas veces más fuertes que los vínculos indirectos entre precios y salarios a través de la relación entre la oferta y la demanda. Los precios pueden establecerse agregando un porcentaje a los costos unitarios de mano de obra y materiales; los contratos colectivos de trabajo pueden basarse en el costo de la vida, y los reglamentos del gobierno especialmente en lo que respecta a los precios del sector agropecuario, pueden tener por objeto mantener cierta paridad entre los precios obtenidos y pagados por los agricultores. Debido a esta interrelación, todo factor de la demanda u oferta que tienda a elevar los precios o los salarios en mercados importantes o todo movimiento independiente iniciado por un grupo importante para aumentar sus ingresos, puede iniciar con facilidad una reacción en cadena que origina una espiral acumulativa de salarios y precios.

En tales circunstancias, es evidente que no puede decirse que la inflación corresponda automáticamente a una demanda total excesiva con respecto a la oferta; no es posible definirla forzosamente como el extremo opuesto de la depresión, quizás resulte útil comparar la inflación con el desempleo. Lo mismo que el desempleo puede ser consecuencia no sólo de una demanda global inadecuada sino también de ciertas características estructurales de la economía, el alza acumulativa de los precios puede

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

ser generada no sólo por la demanda total excesiva, sino también por ciertas características estructurales del mecanismo de fijación de precios.

Naturalmente, la demanda total excesiva sigue siendo una de las principales fuentes de inflación, lo mismo que la demanda insuficiente es una de las causas primarias del desempleo. Sin embargo, así como el desempleo también puede ser consecuencia de factores estacionales y friccionales vinculados con las dificultades de trasladar a los trabajadores de una ocupación a otra sin que haya una contracción general de la demanda, la inflación también puede ser consecuencia de un estancamiento de la capacidad productiva de algunas industrias sin que exista una demanda general excesiva. Las empresas pueden sentirse tentadas a aumentar el margen de las utilidades y los sindicatos a exigir mayores salarios en las industrias que se ven favorecidas por esa demanda excesiva. De acuerdo con la estructura de precios y salarios que haya en ese momento, esos incrementos pueden difundirse por el resto de la economía, incluso cuando la demanda no sea suficiente para absorber la oferta disponible o la capacidad productiva.

Además, la espiral de salarios y precios no nace únicamente de un exceso general o parcial de la demanda sobre la oferta o la capacidad productiva; puede ser provocada cuando la demanda sea lo suficientemente alta para inducir a los obreros o a las empresas a aspirar a mayores salarios o a mayores márgenes de utilidades. De hecho no es necesario que la demanda acuse aumentos importantes de carácter general; el incremento del porcentaje de utilidades de las principales industrias de un país puede poner en movimiento el mecanismo que inicia la espiral de salarios y precios en toda la economía. Ni siquiera es necesario que los precios en las industrias principales excedan del nivel medio o lleguen a él; el aumento de la

productividad puede neutralizar en parte el alza de los salarios y precios en los sectores que gozan de una creciente demanda. Sin embargo, es probable que aumenten las tasas de salarios en otros sectores económicos que no pueden absorber esos aumentos con tanta facilidad incrementando la productividad, con lo cual los precios en tales sectores subirían más que en las industrias principales.

Por desgracia, una vez que se inicia la espiral de salarios y precios puede seguir su marcha ascendente mucho después de haber desaparecido todo rastro de mayor demanda; en efecto, como lo demuestra ampliamente la experiencia actual de los Estados Unidos, la espiral puede continuar después de haberse iniciado un período de retroceso económico. Teniendo en cuenta este hecho, no se puede dudar de que la inflación, como el desempleo, pueden tener un carácter "estructural" y no estar demasiado vinculada a la suficiencia de la demanda en relación con la capacidad productiva. Lo mismo que el desempleo puede nacer de una falta de capacidad productiva adecuada y no de una falta de demanda efectiva, los precios que se elevan en forma acumulativa también pueden deberse a exigencias desmedidas de mayores ingresos y no a una demanda excesiva de bienes y servicios. Aunque la intensidad de la presión que se ejerce para obtener mayores ingresos varía con la presión de la demanda de bienes y servicios, la relación entre ambas no es tan estrecha que la espiral de salarios y precios pueda tomarse como indicio fidedigno de que existe una demanda excesiva.

La reciente inflación se produjo en asociación con un auge que comenzó con la demanda de bienes duraderos de consumo y de vivienda y pasó a las inversiones privadas en instalaciones y equipos. En las industrias de bienes para inversión de diversos países hubo indudablemente una demanda excesiva durante algún tiempo; los nuevos pedidos de bienes

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

duraderos superaron las entregas, las listas de tales pedidos se ampliaron y la capacidad productiva de algunas industrias se puso a dura prueba. Al haber un sector importante de la economía que acusaba tales síntomas, la preocupación por la inflación tendió a centrarse exclusivamente en la demanda excesiva como causa primordial. Esto resultó acentuado porque el desempleo era en general reducido y el ingreso y la producción nacionales iban en aumento. Con el alto nivel alcanzado por el conjunto de actividades y los síntomas de presión de la demanda en un sector, la distinción entre un nivel de demanda total alto y excesivo tendió a difuminarse. Entonces se creó la ilusión de que si los precios subían en toda la economía, significaba que tal economía en su conjunto tenía una demanda total excesiva. A medida que el alza de precios siguió difundándose y hasta acelerándose, se fue atribuyendo cada vez menos importancia en el conjunto a los indicios que indicaban que había excedentes cada vez mayores de alimentos y materias primas agrícolas o al exceso de capacidad en las industrias textiles, que existía desde hacía mucho; incluso se tendió a hacer caso omiso del significado de la disminución de la demanda y de la aparición de un exceso de capacidad productiva en el sector de bienes duraderos de consumo, en la vivienda y en otras industrias conexas, que fueron las que iniciaron la era de prosperidad económica. A pesar de que la demanda seguía disminuyendo cada vez más con respecto a la capacidad productiva, la política económica continuó concentrándose en limitar la demanda, para poner coto al movimiento ascendente de los precios.

CARACTERÍSTICAS DE LA RECIENTE POLÍTICA PARA COMBATIR LA INFLACION

La política seguida por los países industriales en los últimos años para detener la inflación contrasta notablemente con

la que se siguió en general durante los años de la guerra e incluso en los primeros años de postguerra. La diferencia más notable consiste en la eliminación de controles directos del mercado; salvo uno o dos casos, la política de lucha contra la inflación se ha limitado a medidas de carácter general o indirecto. Este cambio de actitud en favor de una economía de mercado esencialmente libre había terminado en gran parte para 1950, aunque en la mayoría de los países los controles sobre comercio exterior se liberalizaron de una manera más gradual. Durante el conflicto de Corea, los únicos ejemplos importantes de controles directos para detener las presiones inflacionarias fueron la reaparición de los organismos encargados de distribuir materias primas estratégicas entre los países y el restablecimiento en los Estados Unidos de controles moderados sobre precios y salarios.

Durante la fase de expansión de los últimos años, no se pudo tratar de suprimir el exceso de demanda total estableciendo controles directos, porque las presiones de la demanda no fueron ni remotamente comparables con las existentes durante la guerra o los primeros años de postguerra. Aunque la expansión nació de un gran aumento de las inversiones durante algún tiempo sometió a dura prueba la capacidad de ciertas industrias, su efecto inflacionario quedó neutralizado en parte por presupuestos públicos ligeramente deflacionarios y en parte por el comercio exterior. Como la construcción de viviendas también se desalentó mucho durante el auge, sólo en unos cuantos países resultó la presión de la demanda de ahorros para financiar inversiones internas y externas y para equilibrar el déficit del presupuesto bastante mayor que durante el primer año de lucha en Corea; en muchos casos fue menor. Además, en algunos países el incremento de la productividad y de los ingresos fue acompañado por una tendencia de la gente a ahorrar una cantidad cada vez mayor sobre todo al ir

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

disminuyendo su demanda de bienes de consumo duraderos. Por tal motivo, los ahorros existentes resultaron suficientes para satisfacer la demanda sin que el gobierno tuviese que intervenir demasiado.

La política para combatir la inflación seguida en los últimos tiempos tiene como característica más notable el hecho de que se haya empezado a dar más importancia a las medidas monetarias que a las fiscales. Después de haber tenido una evolución revolucionaria durante la guerra, la política fiscal se hizo relativamente a partir de 1950, y la política monetaria pasó gradualmente a desempeñar un papel más activo en la lucha contra las nuevas tendencias inflacionarias. Este cambio no sólo representó un fenómeno económico, sino también social. Aunque se dejó de lado la intervención directa en el mercado, la participación del gobierno en la vida económica siguió teniendo mucho más importancia que en otras épocas de paz, y los presupuestos oficiales absorbieron del 20 al 30% del producto nacional en casi todos los países industriales. Dado el descontento creciente del público ante los elevados impuestos que se necesitaban en la postguerra para financiar esa mayor participación, todo aumento de los impuestos para combatir la inflación hubiese provocado gran descontento. Incluso los países que tenían crisis de balanza de pagos demostraron que estaban firmemente decididos a evitar cualquier aumento en los impuestos sobre los ingresos personales. Al mismo tiempo, las necesidades de la defensa nacional siguieron siendo muy grandes mientras que las obligaciones presupuestarias en que se había incurrido como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, unidas a exigencias sociales y económicas inaplazables, impidieron que se pudiesen moderar las presiones inflacionarias mediante reducciones de importancia en los gastos civiles del gobierno. Por lo tanto, el centro de

gravedad de la política contra la inflación se desplazó cada vez más de la zona fiscal hacia la zona monetaria.

Estas consideraciones se vieron apoyadas en gran parte en la tesis de que la inflación es causada en última instancia por un exceso de dinero que coincide con una escasez de bienes. El hecho de que el alza de precios implicara un ritmo de aumento en la corriente de gastos en dinero mayor que en la corriente de bienes se consideró, en general, que justificaba la política de evitar la inflación, principalmente con medidas destinadas a restringir la corriente de dinero. Como esta corriente es el producto de la cantidad de dinero por la velocidad de circulación, y como la velocidad está determinada en gran parte por fuerzas institucionales que no se pueden refrenar con facilidad en un período de precios ascendentes, la cantidad de dinero demostró ser el factor estratégico para controlar la inflación. Por lo tanto, se impusieron rígidos límites a la oferta de crédito y los tipos de interés llegaron a la cifra más alta desde la década anterior a la guerra. Se creó un complejo mecanismo de controles del crédito, que además de las operaciones tradicionales de mercado abierto y tipos más elevados de descuento, incluyó el establecimiento de reservas variables, tipos punitivos para los préstamos excesivos recibidos de los bancos centrales y, en varios casos, prohibición absoluta de conceder nuevos préstamos.

Es indudable que se si aplica con suficiente vigor la política de restricción de los créditos bancarios puede servir para reducir la corriente de gastos monetarios en bienes y servicios. Sin embargo, la eficacia de las medidas monetarias que rigieron durante la reciente expansión en los países industriales no es convincente del todo. Ciertamente que los controles selectivos del crédito contribuyeron mucho a limitar los gastos en bienes duraderos de consumo y en construcción de viviendas. Sin embargo, estas restricciones fueron reforzadas con otras me-

medidas del gobierno, entre ellas el establecimiento de impuestos indirectos sobre los bienes duraderos, la supresión de subsidios para la vivienda, y en los Estados Unidos, el mantenimiento de tipos de interés que no hacían competencia en las hipotecas garantizadas por el gobierno, además, por lo menos una parte de la contracción de la demanda de estas industrias quizás fuese una reacción natural al auge anterior. La eficacia de los controles generales del crédito, a diferencia de los selectivos, durante este período, ofrece mayores dudas. Hay que señalar que el auge fue acompañado de un proceso de acumulación de existencia que tuvo un ritmo relativamente moderado; pero la importancia de la política crediticia a este respecto debe determinarse teniendo en cuenta la influencia de otros factores; como los excedentes de productos alimenticios, la disminución relativa de la producción textil y la reducción de las reservas de materias primas estratégicas acumuladas por el gobierno. Todavía es más difícil de evaluar el efecto de la política monetaria sobre las inversiones mercantiles en instalaciones y equipo, sobre todo, porque en realidad aumentaron con respecto al consumo en la mayoría de los países industriales.

Aunque las restricciones crediticias no disminuyeron el nivel absoluto de la demanda de inversiones mercantiles, quizás retardasen su ritmo de desarrollo, sino directa, por lo menos indirectamente, al reducir las perspectivas económicas de las actividades industriales y comerciales. Sin embargo, es evidente que este efecto se dejó sentir con mucho retraso. Es cierto que las restricciones monetarias resultan más eficaces que las medidas fiscales, porque tienen mayor flexibilidad administrativa y pueden ser aplicadas con mayor oportunidad; los cambios de orden fiscal sólo se pueden hacer mediante procedimientos legislativos lentos, mientras que las autoridades centrales pueden modificar las medidas monetarias con la frecuencia y rapidez que las circunstancias aconsejen. Sin em-

bargo, en la práctica esta importante ventaja puede estar contrarrestada por el largo período que ha de transcurrir para que las restricciones monetarias se dejen sentir en los gastos reales en bienes y servicios. Contrariamente con lo que sucede con los ingresos y gastos privados, cuyos vínculos son directos, los vínculos entre las operaciones del Banco Central y los gastos pueden ser largos y complicados. No obstante la creciente rigurosidad de los controles del crédito, las autoridades monetarias no impidieron, por lo general, que aumentaran los anticipos bancarios durante la reciente inflación; en la mayoría de los casos sólo se redujo el ritmo de incremento del crédito bancario. Los bancos vendieron con pérdida los bonos del Estado y obtuvieron préstamos a un tipo de interés cada vez más alto, para conseguir fondos y poder hacer anticipos más provechosos. Además, la autoridad que tienen los bancos centrales en la esfera del crédito dista de ser amplia; en los períodos de restricciones crediticias hay otras instituciones financieras y hasta compañías mercantiles que tienden a complementar las operaciones de crédito de los bancos. Además, las empresas tienden por lo general a disminuir sus exigencias de liquidez, con lo que las restricciones que afectan la cantidad de dinero quedan contrarrestadas en parte por el aumento en la velocidad de circulación. Por lo tanto, dada la inestabilidad inherente de la demanda de inversiones, no puede pasarse por alto el peligro de que la política de los bancos centrales no tenga su máximo efecto restrictivo en el momento en que tal demanda de inversiones es más grande y posiblemente necesite un freno, sino que después que los planes han empezado a reducirse y necesitan que se les estimule.

No menos importante que el efecto de la política monetaria sobre la corriente de gastos es la influencia de los cambios de esta corriente sobre los movimientos de los precios. Cuando la discrepancia entre las corrientes de gastos de dinero y de

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

bienes y servicios refleja un exceso de demanda efectiva total con respecto a la capacidad productiva, la disminución de los gastos monetarios, tanto si se logra mediante restricciones monetarias como fiscales, constituye un medio adecuado de detener la presión inflacionaria. Ella puede impedir un alza acumulativa de precios, eliminando el exceso de demanda, pero sin perjudicar la producción ni el empleo. Sin embargo, cuando las presiones de la demanda son mixtas, y el alza de los precios y salarios que se produce en un sector en que existe demanda excesiva se difunde a otros sectores caracterizados por capacidad excesiva, la política de restricción monetaria general puede resultar un arma ineficaz para combatir la inflación. Desde luego, esa política puede facilitar la traslación de recursos de las industrias en que la presión de la demanda es relativamente pequeña a aquéllas en que es relativamente grande. Sin embargo, su eficacia a tal efecto es incierta, sobre todo en los casos en que el sector que tiene demanda excesiva es el de inversiones y el sector que tiene capacidad excesiva es el de consumo; limitando la demanda en un sector en el que existe mucha capacidad, las restricciones pueden impedir que se expanda la capacidad en un sector en que hace falta. Así, la creciente debilidad del sector de bienes de consumo puede a la larga afectar adversamente la propia demanda de inversiones, con lo que, incluso, las industrias de bienes de capital experimentan un cambio total en sus perspectivas al desaparecer el exceso de demanda y aparecer un exceso de capacidad.

La política monetaria puede resultar aun menos eficaz para detener la inflación cuando la corriente excesiva de dinero es efecto, más bien que causa, de la espiral de salarios y precios. Así ocurre, por ejemplo, cuando la demanda de crédito no nace de la presión de la demanda excesiva de bienes y servicios sobre la capacidad productiva total, sino de la presión de la mano de obra para obtener salarios más altos o de las

decisiones de las empresas para elevar los márgenes de utilidad. En tales casos, las restricciones monetarias quizás no impidan que la mano de obra exija salarios más altos o que las empresas fijen márgenes de ganancia más elevados; en cambio, puede hacer que se contraiga la demanda efectiva de bienes y servicios, colocándola por debajo de la capacidad productiva. Al hacer esto pueden incluso reducir el ritmo de crecimiento de las inversiones y la producción media por trabajador, elevando con ello los costos de producción y dando un nuevo impulso a la espiral de precios. De esta manera, la producción y el empleo pueden disminuir considerablemente mucho antes que se detenga la espiral de salarios y precios.

Muchas personas esperaban que la presión de la mano de obra y de las empresas para aumentar sus ingresos podría debilitarse si se sigue una política de restricción crediticia, aunque la producción y el empleo continúen incrementándose. Casi todos los gobiernos han exhortado a los trabajadores y a los empleadores a que moderen sus exigencias. Sin embargo, cuando no existe una política nacional de salarios y precios, es muy natural que los sindicatos y sociedades traten de aumentar todo lo posible sus ingresos, pues ninguno puede demostrar menos celo que los demás en proteger sus intereses. Este criterio plantea un dilema esencial a los países industriales, al decidir cómo conciliar el rápido crecimiento económico con la estabilidad de los precios interviniendo lo menos posible en el mecanismo del mercado para la asignación de recursos.

No ha sido fácil afrontar este dilema; no siempre es agradable descubrir que aquellos objetivos que se han considerado absolutos, pueden ser contradictorios entre sí y requerir que se los armonice y adapte mutuamente. La propia complejidad de este dilema quizás haya contribuido en cierta medida a la tendencia a disminuir su importancia o inclusive negar que existe. Así, se ha supuesto con frecuencia que la causa final

de la inflación es en todos los casos una corriente excesiva de gastos en dinero, y muchas veces se ha equiparado este exceso a una demanda efectiva total en comparación con la capacidad productiva. Si la inflación fuese necesariamente una tendencia inversa a la depresión, o sea, si el alza acumulativa de precios fuese siempre resultado de un exceso de demanda total, lo mismo que las depresiones industriales son consecuencia de la falta de demanda, entonces no habría, naturalmente, ningún conflicto entre los objetivos del desarrollo económico y la estabilidad de precios. En tal caso, la política fiscal y monetaria destinada a mantener el equilibrio adecuado entre los ritmos de aumento de la demanda efectiva y de la capacidad productiva garantizaría el máximo de producción y de estabilidad de los precios.

Por desgracia, aunque la discrepancia entre las corrientes de gastos en dinero y bienes es un síntoma necesario, no siempre es la causa del proceso inflacionario en última instancia. Sea cual fuere su origen, el alza de precios se traduce inevitablemente en una mayor corriente de dinero que de bienes y una corriente excesiva de gastos en dinero puede ser tanto resultado como origen de tal alza de precios. Una vez aceptada la premisa de que la inflación no es únicamente una cuestión de equilibrio entre la demanda total y la capacidad productiva, sino que depende además de las presiones de la demanda en determinados sectores económicos y, sobre todo, de la presión de distintos grupos que compiten para obtener mayores ingresos, se llega a la conclusión de que la política fiscal y monetaria no siempre puede garantizar simultáneamente un desarrollo rápido y la estabilidad de los precios. Así, cuando la petición de mayores ingresos es desorbitada, las restricciones generales de la demanda quizás no logren estabilizar los precios, como no sea a costa de coartar permanentemente el ritmo de crecimiento, o incluso de originar un mayor volumen de desempleo que el

que la economía puede tolerar. Con el retroceso económico que ha aparecido en la América del Norte y con la terminación del período de expansión en gran parte de la Europa Occidental, este dilema se ha ido perfilando cada vez más.

ORIGENES DE LA INFLACION EN LOS PAISES CON
ECONOMIA DE PLANIFICACION CENTRALIZADA

Del análisis del problema en los países con economía de empresa privada parecería deducirse a primera vista que en los países con economía de planificación centralizada no puede haber inflación. Como los ingresos y la oferta se controlan desde un punto central, debería ser posible evitar la presión de la demanda excesiva sobre la oferta, y como los precios y los salarios están determinados por las autoridades centrales, no tendría que aparecer la espiral de salarios y precios. Sin embargo, este grupo de países ha sido víctima frecuente de un tipo de presión inflacionaria bastante análogo al que aparece en los países con economía de empresa privada. Resulta interesante comprobar que incluso la distinción entre la inflación de la demanda y de los costos tiene significado en los países con economía de planificación centralizada, aunque naturalmente su importancia no es igual que en los países con economía de empresa privada.

En esencia, el problema de la inflación de la demanda en los países con economía de planificación centralizada nace de las mismas causas que en los demás países, a saber, de las tentativas para extraer de la economía, en forma de consumo, inversiones y otros usos, más de lo que es capaz de producir. Este problema es básico en todas las economías; no se origina por la índole de las instituciones políticas, sino que se debe al factor económico constituido por la escasez y al hecho de

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

que ningún país, por muy grandes que sean sus recursos productivos, es tan rico que pueda despreocuparse del equilibrio que debe existir entre el consumo y las inversiones. Si la mano de obra recibiera sus salarios enteramente en especie, para que no pudiese producirse ningún desequilibrio entre los ingresos del consumidor y los suministros disponibles, se eliminaría la inflación como fenómeno monetario, pero incluso en ese caso existiría un límite para el porcentaje de la producción total que podría destinarse a fines que no fuesen de consumo, y ese límite no se podría sobrepasar sin poner en peligro el desarrollo económico y la estabilidad social. No obstante, como todos los países con economía de planificación centralizada utilizan un sistema monetario, ni siquiera puede dejarse de considerarse la forma monetaria de la presión inflacionaria, pues siempre hay una posibilidad de desequilibrio entre las corrientes de bienes y servicios y las corrientes de ingresos en dinero disponibles para adquirir aquéllos.

El problema del desequilibrio monetario apenas tiene repercusiones en el sector de bienes de producción, donde los precios no están determinados para igualar la oferta con la demanda. Los bienes de producción se suministran a las empresas según lo establecido en el plan central, y no de acuerdo con la demanda de cada establecimiento. Por lo tanto, los precios de los bienes de producción no influyen en su distribución y tienen fines puramente administrativos. Como estos precios se determinan calculando los costos unitarios a base de una "norma de producción" hipotética y agregando un porcentaje fijo que representa las utilidades por unidad, toda diferencia entre las ganancias unitarias registradas y previstas constituye el índice de éxito del proyectado ritmo de producción en relación con el insumo.

Sin embargo, en el sector de bienes de consumo, los precios se fijan con objeto de dejar el mercado sin existencias. Al

costo unitario más el porcentaje fijo de utilidades por unidad, el Estado agrega un impuesto indirecto variable que se ajusta para igualar la oferta con la demanda. Como la demanda de bienes de consumo depende de los ingresos desembolsados en el conjunto de la economía, de esto se deduce, como se explica en el capítulo 3, que la presión de la demanda sobre la oferta de bienes de consumo será directamente proporcional a los ingresos pagados por unidad de producto e inversamente proporcional a la producción total asignada al sector de consumo.

Si las autoridades centrales pudiesen controlar por completo todos los factores que afectan la presión de la demanda sobre la oferta de bienes de consumo (y en particular el volumen de salarios de producción y el porcentaje de productos que se destina al consumo), en principio podrían adaptar siempre el impuesto sobre la cifra de negocios y los precios de los bienes de consumo para igualar la oferta con la demanda. Sin embargo, en la práctica, el control que ejercen sobre estos factores no es absoluto, y cualquier desviación de estos elementos de las magnitudes planificadas puede originar un grave desequilibrio entre la oferta y la demanda. El principal factor a que obedeció tal desequilibrio en los años de la postguerra fue la falta de proporción de la producción destinada al consumo; la producción de alimentos y bienes de consumo en cuya composición entraban materias primas agrícolas estuvo en general por debajo de las cifras previstas, mientras la producción de la industria pesada sobrepasó muchas veces la cifra fijada como objetivo. Algunas veces, como ocurrió durante el conflicto de Corea, ciertos países aumentaron tan bruscamente en sus planes los objetivos fijados para la industria pesada, que resultó imposible conciliar los planes de producción y los planes de precios y salarios. La asignación de recurso en favor de la industria pesada en general, llegó al máximo durante las primeras etapas de la realización de los planes de expansión eco-

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

nómica a largo plazo y durante períodos de gastos militares excepcionales. En otros años (en la Unión Soviética a partir de 1948, principalmente, y en otros países con economía de planificación centralizada, a partir de 1953), cuando fue posible mantener o expandir la oferta de bienes de consumo en relación con el producto nacional, las presiones inflacionarias cedieron en general.

Otros factores importantes que contribuyeron al desequilibrio de los años de postguerra fueron los aumentos imprevistos de los costos unitarios de los salarios, debido a que la producción por trabajador no llegó a las cifras previstas o a la necesidad de pagar salarios y precios agrícolas superiores a lo establecido en el plan para ofrecer más incentivos a la producción. Incluso durante los años en que la parte correspondiente al consumo en la producción nacional no se redujo, el equilibrio entre la oferta y la demanda de bienes de consumo se perturbó con frecuencia, bien por el aumento de los costos unitarios o por rebajas de precios mayores que las justificadas. La presión inflacionaria que se hizo sentir en consecuencia, se reflejó en la escasez de ciertos bienes esenciales o en el aumento de los precios.

CIRCUNSTANCIAS DE LA INFLACION EN LOS PAISES INSUFICIENTEMENTE DESARROLLADOS

La índole esencial de la inflación ocurrida recientemente en los países industriales con economía de empresa privada también se aprecia en las repercusiones relativamente modernas que tuvo en la economía mundial. Normalmente, las olas inflacionarias que se inician en las principales regiones industriales tendrían que intensificar su fuerza al llegar a las regiones de producción primarias. En vista de la elasticidad relativamente pequeña de la oferta y la demanda mundial frente

La fluctuación de precio de los productos primarios, y de la elasticidad relativamente grande (en especial de la oferta) que tienen los productos industriales, la inflación de alcance mundial tiende a ir acompañada típicamente de una gran mejora de la relación de intercambio de los países productores de productos primarios y de un aumento de los ingresos que obtienen de las exportaciones. En los fenómenos inflacionarios ocurridos durante la guerra, en los años inmediatos y durante el primer año de las hostilidades de Corea, se encuentran ejemplos convincentes de este hecho. Aunque la balanza de pagos de los países insuficientemente desarrollados también tuvo por término medio una situación más favorable durante la reciente fase de expansión, esta mejora fue muy modesta, y la relación de intercambio, lejos de acusar una tendencia definida, fluctuó de una manera muy irregular. Las materias primas para las industrias de bienes duraderos de consumo se beneficiaron del brusco aumento de los ingresos obtenidos de las exportaciones, pero incluso este aumento se estacionó y, por último se convirtió en reducción a medida que perdía fuerza el ritmo de expansión industrial. De igual forma, la terminación del auge en la Europa Occidental y el comienzo del retroceso económico en la América del Norte parecen haber tenido consecuencias relativamente modestas en los países insuficientemente desarrollados, salvo los que exportan minerales, durante 1957. En ese año, el deterioro de la balanza comercial de esos países insuficientemente desarrollados se debió a la gran expansión de las importaciones y no a una disminución del valor de las exportaciones.

Desde luego, esta evolución no puede proyectarse en el año 1958; las relaciones de intercambio de los países de producción primaria han seguido reduciéndose durante el último año y las perspectivas para 1958 es que habrá una reducción importante en los ingresos obtenidos de las exportaciones.

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

Cuanto más se prolonga el retroceso industrial, más perjudicial será inevitablemente su efecto sobre la economía mundial.

En la medida en que las presiones inflacionarias se han manifestado en los países insuficientemente desarrollados durante los últimos años, han sido sobre todo de origen interno más que externo. En los países insuficientemente desarrollados y en los desarrollados, esas presiones pueden ser originadas por un exceso de demanda efectiva total a precios corrientes sobre la oferta total de bienes y servicios. El origen del desequilibrio puede ser un exceso de gastos del sector público sobre los ingresos, de las exportaciones sobre las importaciones o de las inversiones sobre los ahorros; en conjunto puede considerarse también que el origen del desequilibrio representa un exceso a precios corrientes del total de la demanda de ahorros sobre la oferta de los mismos. Por lo tanto, aunque a primera vista el estudio de la presión de la demanda parece idéntico para todos los países, al estudiar la cuestión más a fondo esta similitud puede resultar engañosa. El fenómeno de la inflación en los países insuficientemente desarrollados, igual que el desempleo, no se puede comprender bien si se recurre a elementos de juicio que sólo sirven para los países desarrollados.

En la actualidad, se reconoce y comprende bien lo importante que es subrayar las diferencias que existen entre los dos tipos de economías en lo que respecta a los problemas básicos de desempleo. El problema más grave del desempleo en un país desarrollado es que se plantea durante una depresión, cuando la deficiencia de la demanda en relación con la capacidad productiva origina una disminución cada vez mayor de la producción, el empleo, los ingresos y la demanda. Aunque los países insuficientemente desarrollados no desconocen el tipo de desempleo que tiene por causa una demanda efectiva inadecuada, el problema más esencial para ellos es la falta

de oportunidades de empleo, cosa que se refleja no sólo en el desempleo visible que aparece en las zonas urbanas, sino (lo que quizás es aun más importante) en el subempleo de gran parte de la población. Este problema no se plantea por la insuficiencia de la demanda efectiva, sino por la capacidad productiva insuficiente (tanto si se mide en instalaciones y equipos específicos, o en capacitación y conocimiento de la fuerza de trabajo). En una palabra, el problema del desempleo en un país insuficientemente desarrollado está tan arraigado como su problema total de desarrollo económico.

A veces se tiende a pasar por alto el hecho de que estas diferencias también son fundamentales para el problema de la inflación de la demanda. En los países desarrollados, durante el equipo de capital suele bastar para emplear toda la fuerza de trabajo disponible, solamente se produce la presión de la demanda cuando la economía tiene ocupación total. Tal presión no aparece durante el proceso de recuperación que sigue a una depresión, porque el incremento de la demanda puede satisfacerse entonces dando trabajo a los desempleados para que produzcan los bienes adicionales necesarios. Mientras haya recursos ociosos, cualquier aumento de la demanda de ahorros, bien sea para financiar más inversiones internas, un saldo exportador o un déficit del presupuesto, podrá generar una oferta paralela de nuevos ahorros a precios corrientes, al elevar el nivel de producción e ingresos. Aunque los mayores ingresos implicarán a su vez un incremento de la demanda de bienes y servicios de consumo, esta demanda no podrá sobrepasar la oferta mientras la capacidad sea adecuada para ampliar la producción. Como tenderá a ahorrarse una parte proporcional del aumento de ingresos, se deduce que si sólo se amplían lo suficiente la producción y los ingresos, cualquier nuevo incremento de la demanda de ahorros puede generar a

precios corrientes el margen adicional de la oferta que se necesita.

Por lo tanto, la presión de la demanda total excesiva sólo aparece en los países desarrollados cuando los recursos se aprovechan del todo y ya no es posible satisfacer los aumentos de la demanda, incrementando la producción y los ingresos. En ese caso un aumento de las inversiones, gastos públicos o exportaciones provocará un incremento del porcentaje de ingresos que debe desviarse del consumo, salvo que esté compensado por un aumento igual en los ingresos públicos o las importaciones. Si no se produce un cambio análogo en la parte de los ingresos que los ciudadanos están dispuestos a ahorrar, la economía sufrirá la presión de la demanda total excesiva a precios corrientes. Así, en un país desarrollado, la amenaza de una inflación de la demanda puede limitar la distribución de los recursos entre el consumo y otros usos, pero no el aprovechamiento total de tales recursos.

La diferencia con el problema que se plantea en los países insuficientemente desarrollados estriba en que la amenaza de una demanda global excesiva puede imponer límites muy estrictos no sólo a la distribución de los recursos, sino también al ritmo con que pueden utilizarse. Esto se debe a que la oferta de bienes de consumo en un país insuficientemente desarrollado está limitado por el grado y estructura del desarrollo económico que haya alcanzado, y no puede ampliarse libremente para satisfacer el aumento de demanda. De lo anterior se deduce que, aun en el caso de que hubiese suficiente mano de obra, materiales y equipo para efectuar mayores inversiones sin reducir la oferta de bienes de consumo —incluso si se pudiesen ampliar las inversiones y el consumo simultáneamente— la economía podría experimentar una intensa presión inflacionaria si el aumento de la demanda de bienes de consumo originado por el incremento de la producción y los

ingresos no se satisface ampliando lo suficiente la oferta de tales bienes. Así, los recursos que de otra forma podrían utilizarse para aumentar las inversiones y el consumo, pueden verse condenados a la inactividad sólo por las dificultades con que se tropezaría para lograr un equilibrio entre la producción de bienes de consumo y las inversiones que corresponda a las magnitudes que se requieran.

Si se pudiesen ahorrar íntegramente los ingresos adicionales debidos al desarrollo económico, no se plantearía el problema de la presión de la demanda inflacionaria. Desde luego, podrían obtenerse los mismos resultados si se pudiesen efectuar las inversiones sin pagarlas con ingresos monetarios, como sucede con los programas de desarrollo de la comunidad organizados hace poco en algunos países insuficientemente desarrollados o, para citar un caso más general, con los trabajos voluntarios de la comunidad en cualquier país. Sin embargo, tales inversiones se limitan a obras pequeñas en una localidad, para las que se necesita poco equipo de capital y en las que se pueden utilizar materiales que no cuesta nada adquirir. Por otra parte, casi todas las inversiones suponen un aumento paralelo de los ingresos monetarios; sobre todo en los países insuficientemente desarrollados, es probable que sólo pueda ahorrarse una pequeña parte de esos ingresos, pues la mayoría contribuye a aumentar la presión de la demanda sobre la oferta de bienes y servicios de consumo. Para contrarrestar tal presión hay que elevar los impuestos lo suficiente para reducir el consumo de la comunidad en una cantidad igual al exceso de demanda de consumo originado por el incremento de las inversiones. Así, aunque el aumento de las inversiones puede lograrse utilizando recursos ociosos hasta ese momento (incluso si todo incremento de la capacidad productiva representa una ganancia neta sin pérdida compensatoria de producción), puede ocurrir que un país insuficientemente desarrollado no

esté en condiciones de efectuar las inversiones por su incapacidad para combatir la presión inflacionaria resultante. Aunque en los años de la postguerra se han hecho grandes progresos en ampliación de la base impositiva y el mejoramiento de la administración de los impuestos, la amenaza de una demanda inflacionaria todavía constituye uno de los principales obstáculos que se oponen al rápido desarrollo económico.

La importancia de esa presión se pone aun más en evidencia si se tiene en cuenta una importante distinción que tiende a separar el desarrollo económico de los países insuficientemente desarrollados y el crecimiento económico normal de los países desarrollados. El progreso económico en un país desarrollado rara vez implica un cambio brusco de la estructura de la demanda en relación con la composición de la oferta. Es cierto que puede haber "estancamientos" temporales en algunas zonas de la economía como consecuencia de modificaciones importantes de la demanda, pero como una economía muy desarrollada es flexible, sus recursos se trasladan con facilidad y tiene una gran capacidad de crecimiento y progreso técnico, es poco probable que tales estancamientos duren mucho.

En comparación, el progreso económico de los países insuficientemente desarrollados implica una ruptura más esencial con la estructura tradicional de la producción. Debido a las rígidas características que presenta la economía de un país insuficientemente desarrollado, el proceso de desarrollo puede originar con facilidad enormes discrepancias entre las modalidades de la demanda y la estructura de la producción y de la distribución. Así ocurre sobre todo cuando el desarrollo económico va acompañado de industrialización y urbanización de los habitantes. Las necesidades per capita en alimentos, ropas, alojamiento, comercio, transportes y servicios —públicos y privados— no sólo son mucho más grandes en las zonas urbanas que en las aldeas, sino que, lo que quizás es tan impor-

tante, el aumento del consumo en las propias ciudades exige nuevas inversiones en servicios de transporte, viviendas, fábricas y locales comerciales y servicios municipales de todas clases.

Aunque la experiencia venía de un país a otro y de un período a otro, y por lo tanto, toda generalización tiene importantes reservas, por término medio ha resultado mucho menos difícil ampliar la producción de bienes de consumo industriales que la producción de alimentos. Como es bien sabido, la distribución de alimentos en las ciudades puede ir en zaga de su producción. Esto se debe en parte a las limitaciones de los transportes, comercio y almacenamiento, y en parte a que toda disminución de la población agrícola tiende a incrementar el consumo per capita de alimentos en el campo, sobre todo en los países con un nivel de vida bajo. Al mismo tiempo, al aumentar sustancialmente la proporción de los ingresos en las zonas urbanas cabe esperar que aumente la demanda de productos alimenticios. Por lo tanto, puede suceder que la escasez de alimentos, en comparación con los ingresos, dure mucho más tiempo que la escasez de otros bienes de consumo; a decir verdad, es el ritmo de crecimiento de la producción de alimentos y no del total de la producción de bienes de consumo lo que puede constituir un elemento decisivo en la presión del exceso de demanda y, en consecuencia, en el establecimiento de límites para dar un ritmo razonable al desarrollo económico general.

En los países donde el sector de exportaciones es el que hace posible el desarrollo económico total, las deficiencias de la producción de alimentos pueden contrarrestarse en su totalidad o en parte, aumentando las importaciones. Al proporcionar poder adquisitivo en general, los ingresos obtenidos de las exportaciones pueden servir para corregir los desequilibrios entre la demanda y la producción interna aparecidos en

del curso del crecimiento económico. Por desgracia, se ha indicado en el Estudio Económico Mundial, 1956 (1), no todos los países están en condiciones de ampliar sus exportaciones lo suficiente para financiar el aumento de importaciones requerido por el desarrollo económico. Tras este fenómeno se esconde un elemento casi permanente, a saber, que la demanda mundial de productos primarios tiende por diversos motivos a retrasarse con respecto al nivel total de actividad económica. Muchas veces se ha reforzado el efecto de este factor como consecuencia de políticas destinadas a mejorar la producción primaria en los países industriales y del aumento de las necesidades internas de alimentos y materias primas en los países insuficientemente desarrollados, que en algunos casos coincidió con actividades disuasivas de la producción interna.

El papel vital de la oferta de alimentos en el desarrollo económico requiere que se examine otra importante característica, que puede establecer la distribución entre la presión inflacionaria de los países desarrollados y la de los países insuficientemente desarrollados. En los países desarrollados, la presión de la demanda excesiva, suele aparecer como consecuencia del aumento de la demanda total, salvo en los casos en que ha habido destrucciones durante una guerra, casi no existen ejemplos de que tales presiones se originen como consecuencia de una contracción de la oferta. El consumo de alimentos no sólo constituye una proporción del presupuesto global del consumidor mucho más pequeña en los países desarrollados que en los insuficientemente desarrollados, sino que, además, es más fácil que mantenga su nivel cuando las cosechas son malas, pues se hace uso de las reservas de víveres o de las divisas disponibles. En cambio, la oferta de bienes industriales está determinada por la capacidad productiva utilizable (que puede

(1) Naciones Unidas, Estudio Económico Mundial, 1956 (número de venta: 1957. II. C. 1).

considerarse como un elemento fijo durante un período breve) y por el ritmo de utilización de esa capacidad, que depende de la situación de la demanda efectiva. Por lo tanto, los países adelantados pueden continuar ampliando la demanda total, pues están en condiciones de prever con exactitud razonable el volumen de la oferta de bienes de consumo. Por el contrario, en los países insuficientemente desarrollados, donde la agricultura es un componente importante —a veces, el más importante— de la producción, los suministros disponibles para el consumo de un determinado año pueden depender más del capricho del tiempo que de la situación de la demanda. Además, en vista de las escasas existencias de alimentos y pequeñas reservas en divisas con que cuentan la mayoría de los países insuficientemente desarrollados, muchas veces quizás sea imposible neutralizar la situación originada por las malas cosechas, liquidando las existencias o incrementando las importaciones. Por lo tanto, en esos países la presión de una demanda inflacionaria puede deberse tanto a la pérdida de las cosechas como al aumento de las inversiones.

Sin embargo, la presión inflacionaria apenas constituye en los países insuficientemente desarrollados el peligro económico tan temido, si hace únicamente que los precios suban una sola vez y se cree un nuevo equilibrio entre la oferta y la demanda. La índole característica de la inflación reside en que proyecta una espiral acumulativa de precios que puede persistir durante largo tiempo por sí misma, elevando esos precios en una forma que no guarda ninguna relación con el impulso inflacionario inicial. En los países desarrollados, el factor principal de dicha espiral es la vinculación directa y mutua entre los costos de los salarios y precios. Cuando los precios suben, la mano de obra trata de neutralizar el efecto de los mayores costos sobre el nivel de vida, exigiendo aumentos de salario. Sin embargo, este nuevo aumento eleva los

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

costos de producción e induce a las empresas a aumentar los precios por segunda vez, con lo que persiste el curso ascendente de la espiral.

En los países insuficientemente desarrollados, donde la mano de obra de las industrias rinde un porcentaje mucho menor —y en algunos casos relativamente menor— de la producción, podría parecer a primera vista que no existe el riesgo de que aparezca tal espiral acumulativa de precios. Sin embargo, la experiencia demuestra lo contrario; un impulso inflacionario puede convertirse en una inflación desenfrenada con mucha más rapidez que en los países desarrollados. Desde luego, la presión irresistible de las solicitudes de aumento de salarios es en parte la causa en muchos de los países insuficientemente desarrollados, sobre todo en aquéllos en que la rígida oferta de alimentos provoca una elevación brusca del costo de la vida; en verdad, en los países que tienen una larga historia inflacionaria, puede suceder que los salarios estén vinculados por contrato o ley al costo de la vida. Aunque la industria es la única que puede aumentar los precios cuando suben los costos de los salarios, el efecto indirecto sobre los precios debido a la dispersión de los mayores ingresos monetarios obtenidos por los trabajadores puede afectar a toda la economía. Así, pues, aunque el sector asalariado puede ser mucho menor en los países insuficientemente desarrollados que en los avanzados, la presión de la mano de obra para proteger el valor de sus salarios cuando aumentó el costo de la vida a causa del desarrollo económico, puede iniciar una espiral de salarios y precios aparentemente interminable.

No obstante, la presión de los salarios puede ser la única explicación de la espiral de precios en los países insuficientemente desarrollados, pues la tendencia a la inflación desenfrenada también existe cuando la parte correspondiente a la producción industrial en el total de producción es excesiva-

mente pequeña y los sindicatos tienen muy poca fuerza en las negociaciones para obtener contratos colectivos de trabajo. En tales países, la espiral de precios puede adquirir impulso no porque las exigencias de aumento de salarios la empujen desde abajo, sino porque la oferta excesiva de dinero la atraiga desde arriba. En contraste con las fuerzas típicas que han actuado en los países industrialmente desarrollados durante los últimos años, donde las presiones desatadas por las exigencias de aumento de salarios fueron el factor dinámico de la espiral, mientras el sistema bancario se limitó a proporcionar la moneda adicional requerida para absorber la producción a los nuevos precios más altos, en muchos países insuficientemente desarrollados la oferta de dinero puede desempeñar tal papel dinámico en la espiral, y tanto los precios como los salarios se ajustarán a los mayores recursos monetarios disponibles.

El motivo de este papel dinámico de la oferta de dinero es la actitud de los consumidores y de las empresas con respecto al mantenimiento de haberes líquidos. En muchos países insuficientemente desarrollados, donde el nivel de vida es bajo y el costo real de mantener mayores saldos en efectivo como alternativa al incremento del consumo o de las inversiones es más elevado en correspondencia, las posibilidades de decidir en favor o en contra de la liquidez pueden ser relativamente inelásticas; es decir, el público puede estar relativamente poco dispuesto a aumentar sus haberes en efectivo en comparación con sus ingresos. Como los mercados de capital no están muy organizados en esos países, cualquier aumento de las existencias de dinero que sobrepase la cantidad necesaria para transacciones particulares y mercantiles ordinarias se gastará probablemente en bienes y servicios para consumo o inversión. Aunque el problema pueda ser importante en cualquier país donde las existencias de dinero estén aumentando con rapidez, es probable que resulte especialmente grave en los países que

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

tienen una larga historia de precios alcistas y donde se ha quebrantado la confianza en la estabilidad del valor de la moneda a largo plazo. Salvo en la medida en que los mayores desembolsos monetarios resultantes de las crecientes existencias de dinero se compensen incrementando la producción, servirán inexorablemente para que suban los precios y salarios. Si se puede detener el aumento de las existencias de dinero, se conseguirá alcanzar el equilibrio en el momento en que los precios y los salarios hayan aumentado lo suficiente para que la ampliación de las transacciones requeridas iguale a las mayores existencias de dinero. De lo contrario, los precios pueden elevarse indefinidamente; y, como ha ocurrido, por ejemplo, en las regiones devastadas por la guerra, puede suceder que la economía entre en un proceso de hiperinflación.

Ante la dificultad de reconciliar el objetivo del desarrollo económico con el de la estabilidad económica, algunos países insuficientemente desarrollados han tratado a veces de impulsar el crecimiento económico a expensas de la estabilidad. Teniendo en cuenta que existían recursos ociosos para ampliar la producción, tales países trataron evidentemente de aumentar con rapidez su capacidad productiva, a fin de que al empezar a rendir las inversiones fuese posible elevar el nivel de consumo, así como de inversiones. De esta manera, dichos países esperaban evitar la presión inflacionaria que se produce cuando el desarrollo económico es rápido, basándose en el mismo razonamiento aplicable a la expansión de la producción en los países industriales durante un período de depresión. Sin embargo, la experiencia ha demostrado repetidas veces que esta analogía no es válida. Un país industrial puede evitar la presión de la demanda excesiva originada por la expansión durante un período de depresión, porque tiene capacidad para incrementar la producción de bienes de consumo a la par

con el aumento de la demanda. Un país insuficientemente desarrollado está en desventaja, porque no puede ampliar la oferta de bienes de consumo (y sobre todo de alimentos) en la misma proporción que el estímulo que experimenta la demanda en virtud del desarrollo económico. Aunque el ritmo de tal desarrollo puede acelerarse al principio con tales programas, la presión inflacionaria que generan se intensifica a menudo lo suficiente para destruir a la larga el propio desarrollo económico. Los países se han ido percatando cada vez más del peligro que encierra el tratar de lograr el crecimiento económico a costa de la inflación desenfrenada.

El primer paso en un programa de desarrollo económico que tenga debidamente en cuenta la estabilidad económica ha de ser el establecimiento de una política de producción adecuada. Cuanto mejor sea el equilibrio que se logre en la asignación de recursos entre el crecimiento del consumo y las inversiones, tanto menor será la carga que habrá de soportar la política fiscal y monetaria al tratar de mantener la estabilidad económica y conseguir simultáneamente el rápido desarrollo económico. Cuanto mejor sea dicho equilibrio, tanto más fácil será conseguir los ahorros necesarios para financiar las nuevas inversiones mediante el incremento de la producción y los ingresos, más bien que mediante la reducción del consumo. Hay que tener siempre presente que los ahorros que se necesitan para financiar cualquier inversión no se refieren al uso de fondos acumulados en fechas anteriores, sino al porcentaje de ingresos que se van produciendo y que el público está dispuesto a sustraer de los gastos corrientes de consumo. Cuanto mayor es el ritmo de crecimiento de la producción y de los ingresos que se logra con un equilibrio adecuado en la asignación de recursos entre el consumo e inversiones, tanto mayor será el ahorro que se podrá conseguir en las categorías de ingresos más altos y tanto menor será la necesidad de conseguirlo mediante reducciones del consumo.

INFLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

Sin embargo, es necesario que la política de producción se coordine con la política fiscal y monetaria, si se quiere que la economía alcance un rápido ritmo de desarrollo, mientras se mantiene la estabilidad. La política fiscal tiene doble importancia en este sentido, por la influencia que ejerce sobre la producción y el consumo. En lo que se refiere a su efecto sobre la producción, es necesario asegurarse en materia de gastos de que el presupuesto contribuirá todo lo posible a desarrollar los recursos humanos y materiales de la nación, y en materia de ingresos debe tenerse en cuenta las consecuencias de la tributación sobre la iniciativa privada y sobre los incentivos para producir. Sin embargo, no es menos importante el papel que desempeña la política fiscal en la asignación de los recursos entre el consumo y las inversiones. Si se quiere conseguir un rápido ritmo de desarrollo, habrá que incrementar el porcentaje de ingresos destinado a inversiones en los países insuficientemente desarrollados, a fin de que tenga un nivel que se acerque más al que existe en los países de economía muy desarrollada. Este objetivo sólo puede alcanzarse con una política fiscal muy enérgica, para contrarrestar la demanda excesiva de bienes de consumo originada por los mayores gastos en inversiones.

Tampoco es muy probable que la política fiscal resulte suficiente por sí sola para contener la presión inflacionaria originada por el desarrollo económico; en los países insuficientemente desarrollados quizás más que en los desarrollados tiene que ir acompañada de una política monetaria eficaz. Esto se debe a la significación especial, que ya se ha descrito, que la cantidad de dinero puede tener en las espirales secundarias de precios de muchos países insuficientemente desarrollados. Cuando las preferencias por la liquidez tienden a ser relativamente inelásticas, el equilibrio entre la oferta y la demanda real de ahorros puede no ser suficiente por sí solo para man-

tener una demanda monetaria estabilizada de bienes y servicios. Si se mantiene inalterable el porcentaje asignado a las inversiones, las exportaciones e importaciones y los gastos e ingresos del Estado en el total de los ingresos, sólo se conseguirá una oferta invariable de bienes de consumo en relación con los ingresos reales. Sin embargo, no asegurará la estabilidad de los precios incluso cuando los costos no presionan en aquellos países en que los consumidores y las empresas se muestran reacios a ampliar sus haberes monetarios en relación con los ingresos. Por lo tanto, si las inversiones, el presupuesto del Estado o la balanza de pagos se financian por procedimientos que implican un mayor volumen de dinero en relación con la producción, la demanda monetaria de bienes y servicios, y con ella el nivel de precios y salarios aumentará sin cesar. Para mantener la estabilidad de precios en esos países, hay que evitar que las existencias de dinero aumenten con más rapidez que la producción, salvo en la medida en que la creciente monetización de la economía requiera más cantidad en efectivo. La política fiscal debe reforzarse con una política monetaria adecuada, para poner coto a la espiral de precios.